

tienen mucha parte en la caída de los Gobiernos que hemos visto sucederse en los últimos cuarenta años; sin esfuerzo podré demostrar que es preciso atribuir al mismo hecho una gran parte en la destrucción rápida y violenta de la antigua Monarquía, y que debe contársele entre las principales causas de esta primera revolución, que engendró todas las demás.

CAPÍTULO VIII

Que Francia era la nación donde los hombres habían llegado á ser más semejantes entre sí.

Quien atentamente examine la Francia del antiguo régimen, verá en ella dos aspectos bien distintos.

Parece que todos los hombres que vivían en ella, particularmente los que pertenecían á las clases alta y media de la sociedad, los únicos que se dejaban ver, eran exactamente semejantes los unos á los otros. Sin embargo, en medio de aquella muchedumbre de seres aparentemente semejantes se elevaba aún una multitud prodigiosa de pequeñas barreras que la dividían en un gran número de partes, y dentro de cada uno de estos pequeños recintos existía una sociedad particular que no se preocupaba más que de sus intereses propios, sin tomar parte en la vida de los demás.

Pienso en esta división casi infinita, y comprendo cómo á pesar de estar los ciudadanos menos preparados que en parte alguna para realizar una acción común y para prestarse mutuo apoyo en tiempos de crisis, una gran revolución ha podido trastornar en un momento de pies á cabeza una sociedad semejante. Me imagino destruídas todas las pequeñas barreras por esta gran conmoción, é inmediatamente veo un cuerpo social más compacto y más homogéneo quizás que ninguno de los que hayan podido verse en el mundo.

Ya he dicho cómo se había extinguido hacía mucho

tiempo en todo el reino la vida particular de las provincias, hecho que había contribuido en gran manera á hacer á todos los franceses muy semejantes entre sí. Á través de las diversidades que aún subsisten, la unidad de la nación es ya trasparente: la uniformidad de la legislación la revela. Conforme avanza el siglo XVIII, se ve aumentar el número de edictos, declaraciones del Rey y acuerdos del Consejo que aplican las mismas reglas y de la misma manera en todos los ámbitos del reino. No eran únicamente los gobernantes, sino también los gobernados los que concebían la idea de una legislación tan general y tan uniforme, en todas partes igual, la misma para todos: esta idea dominaba todos los proyectos de reforma que se sucedieron durante los treinta años anteriores á la Revolución. Dos siglos antes no hubiera habido materia, si es permitido hablar así, para semejantes ideas.

No solamente las provincias se parecían más y más cada día, sino que dentro de cada provincia los hombres de las diferentes clases, por lo menos todos los que estaban colocados fuera del pueblo, se aproximaban constantemente, á despecho de las diferencias de condición.

Nada demuestra esto con tanta evidencia como la lectura de los cuadernos de peticiones presentados por los diferentes órdenes en 1789. Se ve que quienes los redactaban diferían profundamente por los intereses, pero eran semejantes en todo lo demás.

Si se estudia la situación de las cosas en los primeros Estados generales, el espectáculo es completamente contrario: el burgués y el noble tenían entonces más intereses, más negocios comunes, y manifestaban menos animosidad recíproca; pero todavía parecían pertenecer á dos razas distintas.

El tiempo, que había conservado, y en muchos casos aumentado los privilegios que separaban á estas dos clases de hombres, había contribuido de una manera singular á hacerlos semejantes en todo lo demás.

Durante varios siglos los nobles franceses fueron em-

pobreciéndose gradualmente. «No obstante sus privilegios la Nobleza se arruina y se aniquila de día en día, y el estado llano se apodera de las fortunas», escribía con tristeza un noble en 1755. Las leyes que protegían la propiedad de los nobles eran las mismas: nada se había cambiado aparentemente en su condición económica; sin embargo, se empobrecían en todas partes exactamente en la misma proporción en que perdían su poder.

Quizás pudiera deducirse de la atenta observación de los hechos que en las instituciones humanas, como en el hombre mismo, independientemente de los órganos que realizan las diversas funciones de la existencia, hay una fuerza central é invisible que es el principio de la vida. En vano parece que los órganos funcionan como siempre: todo languidece á la vez, y muere cuando se extingue esta llama vivificante. Los nobles franceses tenían todavía las sustituciones (Burke hace notar que las sustituciones en su tiempo eran más frecuentes y más obligatorias en Francia que en Inglaterra), el derecho de primogenitura, las rentas territoriales y perpetuas, y todo lo que se conocía con el nombre de derechos útiles; se los había eximido de la obligación onerosa de hacer la guerra á sus expensas, y, no obstante, se les había conservado, aumentándola mucho, la exención del impuesto; es decir, que conservaban la indemnización eximiéndose de la carga. Gozaban además de otras muchas ventajas pecuniarias que sus padres nunca habían tenido: sin embargo, se empobrecían gradualmente á medida que perdían la costumbre y el hábito de gobernar. Á este empobrecimiento gradual es á lo que debe atribuirse en parte la gran división de la propiedad territorial que hemos recordado en capítulos anteriores. El noble había cedido trozo á trozo sus tierras á los labradores, reservándose únicamente las rentas señoriales, que le conservaban la apariencia, más bien que la realidad, de su antiguo estado. Varias provincias de Francia, como el Limousin, de que habla Turgot, estaban ocupadas casi por completo por una

Nobleza pobre, que apenas poseía ya tierras y no vivía más que de los derechos señoriales y de las rentas territoriales.

«En este distrito, dice un intendente de principios del siglo, el número de familias nobles asciende todavía á varios millares; pero no pasarán de quince las que tengan veinte mil libras de renta». En una especie de instrucción que otro intendente (el del Franco Condado) dirigía á su sucesor en 1750, se lee lo siguiente: «La Nobleza de esta región es bastante buena, pero muy pobre; y es tan orgullosa como pobre: está muy humillada en comparación con lo que fué en otros tiempos. Es una buena política mantenerla en este estado de pobreza, para obligarla á servirse y necesitar de nosotros. Forma, añade el intendente, una cofradía en que no se admite más que á las personas que pueden presentar la prueba de cuatro cuarteles. Esta cofradía no está autorizada, pero sí tolerada, y sólo se reúne una vez al año y en presencia del intendente. Después de comer y oír misa juntos, estos nobles regresan á sus casas, unos en sus rocínantes, otros á pie. Usted verá qué cómica es esta asamblea».

Este empobrecimiento gradual de la Nobleza se veía, en mayor ó menor escala, no solamente en Francia, sino en todas las naciones del Continente, en las cuales el sistema feudal acababa de desaparecer, sin haber sido reemplazado por una nueva forma de la aristocracia. Sobre todo en los pueblos alemanes establecidos á orillas del Rin esta decadencia era visible y notoria. En Inglaterra ocurría lo contrario. Las antiguas familias nobles que aún existían no solamente habían conservado su fortuna, sino que la habían aumentado muchísimo, y continuaban siendo las primeras, tanto en riqueza como en poder: las familias nuevas que se habían elevado como ellas no habían hecho más que imitar su opulencia, sin sobrepasarla.

En Francia los plebeyos eran los únicos herederos de lo que la Nobleza perdía: podría decirse que sólo se nutrían de su sustancia. Ninguna ley, sin embargo, impedía á los

burgueses arruinarse ni los ayudaba á enriquecerse, y, no obstante, se enriquecían sin cesar, y en muchos casos habían llegado á ser tan ricos, y algunas veces más ricos que los nobles. Es más, su riqueza era muchas veces de la misma especie: aunque de ordinario el burgués viviese en las ciudades, era propietario en los campos, y en algunas ocasiones llegaba á adquirir señoríos.

La educación y la manera de vivir habían producido también entre estas dos clases de hombres otras muchas semejanzas. El burgués tenía tanta ilustración como el noble, y—hecho que merece ser notado—adquirida en los mismos centros. Para el uno, como para el otro, la educación había sido igualmente teórica y literaria. París, que había venido á ser el único preceptor de Francia, daba á todos los espíritus una misma forma é imprimía en ellos un carácter común.

Á fines del siglo XVIII todavía podía notarse entre las maneras de la Nobleza y las de la burguesía alguna diferencia, porque no hay nada que se iguale más lentamente que esta superficie de las costumbres que se llama «las maneras»; pero en el fondo todos los hombres colocados sobre el pueblo se parecían: tenían las mismas ideas, los mismos hábitos, los mismos gustos, se entregaban á los mismos placeres, leían los mismos libros y hablaban el mismo lenguaje; no se diferenciaban entre sí más que por los derechos.

Dudo que esto ocurriese en el mismo grado en ninguna otra parte; ni siquiera en Inglaterra, donde las diferentes clases, aunque unidas sólidamente unas á otras por intereses comunes, se diferenciaban por el espíritu y por las costumbres, porque la libertad política que posee este admirable poder de crear entre todos los ciudadanos relaciones necesarias y mutuos lazos de dependencia, no siempre los hace por esto semejantes: el gobierno de uno solo es lo que á la larga produce siempre como efecto inevitable hacer á los hombres semejantes entre sí y mutuamente indiferentes á su suerte.

CAPÍTULO IX

Cómo estos hombres tan semejantes estaban más separados que nunca en pequeños grupos extraños é indiferentes unos á otros.

Consideremos ahora la cuestión desde otro punto de vista, y veamos cómo estos mismos franceses, que tenían entre sí tantos rasgos de semejanza, estaban, sin embargo, más separados unos de otros de lo que pudieran estarlo los hombres de otras naciones, y más de lo que lo habían estado nunca en Francia.

Hay fundados motivos para sostener que en la época en que el sistema feudal se estableció en Europa lo que después se llamó la Nobleza no constituyó inmediatamente una *casta*, sino que se formó en su origen de todos los principales de la nación, y no fué en un principio más que una aristocracia. No tengo interés en discutir ahora esta cuestión: me basta con observar que desde la Edad Media la Nobleza se convierte en casta; es decir, que su carácter distintivo es el nacimiento. Conserva, ciertamente, el carácter, propio de la aristocracia de ser una clase de ciudadanos que gobiernan; pero solamente el nacimiento es lo que decide quiénes han de estar á la cabeza de ella. Todo el que no ha nacido noble está fuera de esta clase particular y cerrada, y ocupa en el Estado una posición más ó menos elevada, pero siempre subordinada.

En todas las naciones del Continente donde se estableció el sistema feudal, llegó éste á la formación de la casta: solamente en Inglaterra retrocedió á la aristocracia.

Siempre me ha producido admiración que un hecho que singulariza á Inglaterra entre todas las naciones modernas, y que es el único que puede hacer comprender las particularidades de sus leyes, de su espíritu y de su historia, no haya merecido fijar más la atención de los filósofos y de los hombres de Estado, y que el hábito haya concluído por hacerlo como invisible á los mismos ingleses. Muchas veces se ha visto y examinado á medias este hecho; pero nunca, que yo sepa, se ha tenido de él una visión completa y clara. Montesquieu, al visitar la Gran Bretaña en 1739, ya dijo: «Estoy en una nación que apenas se parece al resto de Europa»; pero no dijo más.

En efecto; no era el Parlamento, ni la libertad, ni la publicidad, ni el jurado lo que hacía que Inglaterra fuese entonces tan desemejante al resto de Europa, sino algo más particular y más eficaz. Inglaterra era la única nación en que efectivamente se había destruído el sistema de castas. Nobles y plebeyos se ocupaban juntos en los mismos negocios, ejercían las mismas profesiones y, lo que es más significativo, se casaban entre sí: la hija del más opulento aristócrata no se avergonzaba de casarse con un hombre nuevo.

Si se quiere saber si la casta y las ideas, los hábitos, las barreras que ha creado en un pueblo están definitivamente destruídas, basta fijar la atención en los matrimonios: únicamente en ellos se encontrará el rasgo decisivo que falta. En vano se buscará esto en Francia, aun en nuestros días, después de sesenta años de democracia: las familias antiguas y las nuevas, que parecen confundidas en lo demás, evitan en cuanto pueden mezclarse por el matrimonio.

Se ha dicho muchas veces que la Nobleza inglesa había sido más prudente, más hábil, más abierta que ninguna

otra: lo que debería decirse es que hace mucho tiempo que, hablando con propiedad, no existe en Inglaterra, la Nobleza, si se toma la palabra en el sentido antiguo y restringido que había conservado en el resto de Europa.

Esta revolución singular se pierde en la noche de los tiempos; pero queda todavía un testigo viviente, que es el idioma. Hace muchos siglos que la palabra *gentilhomme* ha cambiado completamente de sentido en Inglaterra, y la palabra *plebeyo* ya no existe. Habría sido ya imposible traducir literalmente al inglés este verso de *Tartuffe* cuando Molière lo escribió en 1664.

Et, tel que l'on le voit, il est bon gentilhomme.

Si se quiere hacer todavía otra aplicación de la ciencia del lenguaje á la de la Historia, sígase á través del tiempo y del espacio el destino de la palabra *gentleman*, derivada de la palabra francesa, y se verá que su significación se extiende en Inglaterra á medida que las clases se acercan y se confunden. De siglo en siglo va aplicándose á hombres colocados un poco más abajo en la escala social. Pasa por fin á América con los ingleses, y allí se emplea para designar indistintamente á todos los ciudadanos: su historia es la de la democracia.

En Francia la palabra *gentilhomme* ha conservado siempre su sentido primitivo: después de la Revolución ha caído casi en desuso, pero no se ha alterado. Se había conservado intacta la palabra que servía para designar los miembros de la casta, porque se había conservado la casta más separada que nunca de las demás clases sociales.

Pero voy más allá todavía, y digo que en la época que estudiamos esta casta estaba más apartada de las demás clases que en el momento en que nació la palabra con que se la designa, y que en Francia se había realizado un movimiento en sentido inverso del que se efectuó en Inglaterra.

Si es cierto que el burgués y el noble eran más semejan-

tes, no lo es menos que al mismo tiempo habían ido paulatinamente aislándose el uno del otro; dos cosas que no deben confundirse, porque una de ellas, en vez de atenuar la otra, la agrava.

En la Edad Media, y mientras dominó el feudalismo, todos los que tenían tierras del señor (los que la lengua feudal llamaba propiamente vasallos), y muchos de ellos no eran nobles, estaban constantemente asociados á él para gobernar el señorío, y aun esto era la principal condición de su dependencia. No solamente tenían que seguir al señor á la guerra, sino que en virtud de sus concesiones debían pasar cierto tiempo del año en su corte; es decir, ayudarle á administrar justicia y á gobernar á los habitantes del señorío. La corte del señor era la gran rueda del Gobierno feudal: aparece en todas las leyes antiguas de Europa, y todavía hoy se encuentran muchos vestigios de ella en varias regiones de Alemania. El sabio feudista Edme de Fréminville, que treinta años antes de la Revolución francesa escribió un voluminoso libro acerca de los derechos feudales y de la renovación de los registros ó *becerras*, nos dice que ha visto en los «títulos de muchos señoríos que los vasallos estaban obligados á acudir cada quince días á la corte del señor, donde reunidos juzgaban juntamente con éste ó con su juez ordinario las causas criminales y las cuestiones que hubieran surgido entre los habitantes del señorío». Añade el mismo autor «que ha encontrado algunas veces ochenta, ciento cincuenta, y hasta doscientos de estos vasallos en un señorío. Muchos de ellos eran plebeyos». He citado este texto, no como una prueba, porque las hay á centenares, sino como un ejemplo de la forma en que en un principio y durante mucho tiempo la clase campesina se aproximaba á los nobles é intervenía con ellos en la dirección de los mismos asuntos. Lo que la corte del señor era para los pequeños propietarios eran los Estados provinciales, y más tarde los generales, para los burgueses de las villas y ciudades.

No es posible estudiar lo que nos queda de los Estados generales del siglo xiv, y sobre todo de los provinciales de la misma época, sin admirarse de la posición que el estado llano ocupaba en estas asambleas y de la influencia que en ellas ejercía.

Como hombre, el burgués del siglo xiv era indudablemente muy inferior al burgués del siglo xviii; pero la burguesía, como clase, ocupaba entonces en la sociedad política posición más elevada y segura. Su derecho á tomar parte en el Gobierno es incuestionable; el papel que desempeñaba en las asambleas políticas era siempre importante, muchas veces preponderante; las demás clases sentían la necesidad de contar con ella.

Pero lo que sobre todo llama la atención es ver cómo para administrar los intereses comunes ó resistir juntos encontraban entonces la Nobleza y el estado llano más facilidades que en épocas posteriores. Este hecho no solamente se observa en los Estados generales del siglo xvi, varios de los cuales tuvieron caracteres irregulares y revolucionarios por las calamidades de los tiempos, sino en los Estados provinciales de la misma época, en los cuales no hay indicio de que las cosas no siguieran su marcha regular y habitual. Así se ve que en Auvernia los tres órdenes adoptaban en común medidas importantísimas y cuidaban de su ejecución por medio de comisarios elegidos igualmente por los tres. Idéntico espectáculo se ofrecía en la misma época en Champpagna. Todo el mundo conoce aquella célebre acta por la cual á comienzos del mismo siglo se asociaron los nobles y los burgueses de muchas ciudades para defender las franquicias de la nación y los privilegios de sus provincias contra los atentados del Poder real. En esta época se encuentran en nuestra historia muchos de estos episodios, que parecen sacados de la historia de Inglaterra; en los siglos posteriores no vuelven á verse espectáculos semejantes.

En efecto; á medida que se desorganizaba el gobierno

del señorío, conforme iban reuniéndose más de tarde en tarde ó cesaban de reunirse los Estados generales y acababan por sucumbir las libertades públicas, arrastrando en su ruina las libertades locales, el burgués y el noble no tenían ya contacto en la vida pública; ya no sentían la necesidad de acercarse y de entenderse: eran cada día más independientes, pero también más extraños el uno al otro. En el siglo XVIII esta revolución estaba consumada: estos dos hombres ya no se encontraban más que por casualidad en la vida privada. Ambas clases eran no solamente rivales, sino enemigas.

Pero ocurría en Francia una cosa particular, y es que al mismo tiempo que el orden de la Nobleza perdía su poder político, el noble adquiría individualmente privilegios que nunca había tenido, ó acrecentaba los que ya poseía: diríase que los miembros crecían á expensas del cuerpo. La Nobleza perdió sucesivamente el derecho de mandar; pero los nobles adquirieron la prerrogativa exclusiva de ser los primeros servidores del Rey: era más fácil á un plebeyo llegar á ser oficial en tiempos de Luis XIV que en los de Luis XVI. Este hecho, frecuente en Prusia, no tenía ejemplo en Francia. Una vez obtenido uno de estos privilegios, se vinculaba en la sangre y no podía separarse de ella: de esta suerte, á medida que la Nobleza dejaba de ser una aristocracia, iba convirtiéndose en casta.

Elijamos el más odioso de estos privilegios, el de la exención de los impuestos, y es fácil comprobar que desde el siglo XV hasta la Revolución francesa iba en constante aumento, y crecía según iban elevándose rápidamente las cargas públicas. Cuando la talla no producía más que 1.220.000 libras en el reinado de Carlos VII, el privilegio de exención era insignificante: cuando llegó en tiempos de Luis XVI á 80 millones, era excesivo. En los siglos en que la talla era el único impuesto que pesaba sobre los plebeyos, la exención del noble era poco visible; pero cuando los impuestos de esta clase fueron multiplicándose con nombres

y formas diferentes, y se asimilaron á la talla otros cuatro impuestos, y se añadieron á ella, con la misma desigualdad en el reparto, cargas desconocida en la Edad Media, como la prestación personal aplicada á todas las obras ó servicios públicos, la milicia, etc., la exención de los nobles pareció inmensa. La desigualdad, aunque grande, era, ciertamente, más aparente que real, porque al noble le alcanzaba muchas veces en el colono el impuesto de que personalmente estaba exento; pero en estas materias la desigualdad aparente hace más daño que la efectiva.

Agobiado por la falta de recursos en los últimos años de su reinado, Luis XIV estableció dos impuestos comunes: la capitación y la vicésima; pero como si la exención de impuestos fuera en sí tan respetable que hubiera necesidad de consagrarla en el hecho mismo que le infería agravio, se procuró hacer diferente la percepción de un impuesto que era común, y para unos fué degradante y cruel; para otros, honrosa é indulgente.

Aunque la desigualdad en materia de impuestos estuviese establecida en todo el continente de Europa, en muy pocas naciones había llegado á ser tan visible y tan constantemente sentida como en Francia. En muchas regiones de Alemania casi todos los impuestos eran indirectos, y respecto de los directos el privilegio de los nobles consistía, por regla general, en una participación menor de la carga común. Había además ciertos impuestos que gravaban solamente á la Nobleza y estaban destinados á sustituir el servicio militar gratuito, que ya no se exigía.

Ahora bien; entre todas las formas de distinguir á los hombres y de separar á las clases, la desigualdad en los impuestos es la más perniciosa y la más á propósito para añadir el aislamiento á la desigualdad y para hacer una y otra en cierto modo incurables. Porque véanse sus efectos: cuando el burgués y el noble no están sujetos á pagar el mismo impuesto, el reparto y la cobranza marcan de nuevo cada año de una manera precisa el límite de las clases, y los

privilegiados, que tienen interés actual y apremiante en no dejarse confundir con la masa, hacen un nuevo esfuerzo para apartarse de ella.

Como casi no hay asunto público que no tenga su origen ó en definitiva no venga á parar en un impuesto, desde el momento en que no están sometidas á él ambas clases, ya no tienen motivos para deliberar juntas, ni para experimentar necesidades y sentimientos comunes; ya no se necesita tampoco tenerlas separadas, porque se les ha quitado en cierto modo la ocasión y el deseo de reunirse.

En el lisonjero cuadro que traza de la antigua constitución de Francia, Burke alega en favor de la institución de nuestra Nobleza la facilidad que los burgueses tenían para obtener una ejecutoria comprando algún oficio, y cree ver en esto una analogía con la aristocracia abierta de Inglaterra. Luis XV, en efecto, había multiplicado las ejecutorias como medio para humillar á la Nobleza, y sus sucesores las prodigaron para obtener dinero. Necker nos cuenta que en su tiempo el número de oficios que daban Nobleza era de cuatro mil. Nada parecido á esto sucedía en el resto de Europa; pero no por eso es menos falsa la analogía que quería Burke establecer entre Francia é Inglaterra.

Si las clases medias de Inglaterra, lejos de hacer la guerra á la aristocracia han permanecido tan íntimamente unidas á ella, no es porque esta aristocracia fuese abierta, sino más bien porque, como se ha dicho, su forma era indistinta, y su límite desconocido: se debió, no tanto á que se pudiese entrar en ella, como á que no se sabía nunca cuándo se estaba dentro; de tal suerte, que todos los elementos sociales que se le aproximaban podían creer que formaban parte de ella, asociarse á su Gobierno, y sacar alguna honra ó algún provecho de su poder.

Pero la barrera que en Francia separaba á la Nobleza de las demás clases, aunque fácilmente franqueable, era siempre fija y visible, con señales indelebles y odiosas para quien estaba fuera: una vez franqueada, el que entraba que-

daba separado de todos aquellos de entre los cuales había salido por privilegios que para ellos eran onerosos y humillantes.

El sistema de conceder ejecutorias de Nobleza, lejos de disminuir el odio del plebeyo hacia el noble, lo acrecentaba sin medida, agriado por la envidia que los ennoblecidos despertaban en sus antiguos iguales: por eso el estado llano daba siempre en sus quejas muestras de mayor irritación contra los ennoblecidos que contra los nobles, y lejos de pedir que se ensanchase la puerta que pudiera sacarle de su condición plebeya, pedía con insistencia que se estrechase.

En ninguna época de nuestra historia se adquirió tan fácilmente la Nobleza como en 1789, y, sin embargo, nunca habían estado tan separados el burgués y el noble. No solamente los nobles no querían tolerar en sus colegios electorales nada que oliese á burguesía, sino que los burgueses apartaban con exquisito cuidado á todos los que podían tener la apariencia de nobles. En ciertas provincias rechazaban á los nobles de nueva creación unos, por creer que no eran bastante nobles, y otros, porque les parecía que ya lo eran demasiado. Éste fué, según cuentan, el caso del célebre Lavoisier.

Si, dejando á un lado á la Nobleza, fijamos nuestra consideración en la burguesía, presenciaremos un espectáculo semejante, y veremos al burgués tan apartado del pueblo como el noble lo estaba del burgués.

En el antiguo régimen casi la totalidad de la clase media vivía en las villas y ciudades. Dos causas principalmente habían producido este efecto: los privilegios de los nobles y la talla. El señor que residía en sus tierras, mostraba generalmente cierta bondad familiar hacia los campesinos; pero su insolencia para con los burgueses, sus vecinos, era casi infinita. Este odio había ido creciendo á medida que disminuía su poder político, y precisamente por esta razón, porque, de un lado, al cesar en el Gobierno el

señor no tenía ya interés en tratar consideradamente á los que podían ayudarle en esta función, y de otro, como varias veces se ha dicho, se consolaba con el uso inmoderado de sus derechos aparentes de la pérdida de su poder real. La ausencia del señor de sus tierras, lejos de aplacar á sus vecinos, aumentaba su odio. El absentismo no producía efecto alguno, porque los privilegios ejercidos por procuradores se hacían más insoportables.

Creo, sin embargo, que la talla y todos los impuestos que á ella se asimilaron fueron causas más eficaces. Podría explicar en pocas palabras por qué el impuesto de la talla y sus accesorios eran más gravosos en los campos que en las ciudades; pero quizás pareciera inútil al lector. Me bastará, pues, decir, que los burgueses reunidos en las villas y ciudades tenían para atenuar el peso de la talla, y hasta eludirlo por completo, mil medios que ninguno de ellos habría tenido aisladamente de haber permanecido en sus tierras. Sobre todo, de esta manera el burgués se libraba de la obligación de cobrar la talla, que para él era más temible que la obligación de pagarla; y con razón, porque nunca hubo en el antiguo régimen, ni creo que en otro alguno, condición peor que la del colector parroquial de la talla. Tendré ocasión de demostrarlo más adelante. Como nadie en las aldeas, excepto los nobles, podía eludir esta carga, antes que someterse á ella el plebeyo rico arrendaba sus tierras y se refugiaba en la villa ó ciudad próxima, Turgot está de acuerdo con todos los documentos secretos que he tenido ocasión de consultar, cuando nos dice «que la cobranza de la talla cambia en burgueses á casi todos los propietarios plebeyos del campo». Esto es, dicho sea de paso, una de las razones que contribuyeron á que en Francia hubiese más ciudades, y sobre todo villas, que en las demás naciones de Europa.

Encerrado de este modo entre murallas, el plebeyo rico perdía pronto el amor y las costumbres del campo, y llegaba á ser en absoluto extraño á los trabajos y á los intere-

ses de aquellos de sus iguales que continuaban viviendo en él. Su vida no tenía ya, por decirlo así, más que un solo objeto: aspiraba á ser funcionario público en su pueblo adoptivo.

Es un error crasísimo creer que la pasión de casi todos los franceses de nuestros días, y en particular de las clases medias, por los empleos, ha nacido después de la Revolución: nació muchos siglos antes, y desde entonces ha ido en progresión creciente gracias á mil nuevos estímulos que ha recibido.

En el antiguo régimen los empleos no se parecían siempre á los nuestros; pero había muchos más, y el número de los inferiores casi no tenía límite. Solamente de 1693 á 1709 se calcula que se crearon cuarenta mil, casi todos al alcance de los más modestos burgueses. En 1750 he contado en una ciudad de provincia de mediana extensión hasta novecientas personas ocupadas en la Administración de justicia, y ciento veintiséis encargadas de ejecutar las resoluciones de las primeras, todas vecinas de la ciudad. El afán de los burgueses por ocupar estos empleos no tenía igual. En cuanto uno de ellos se veía en posesión de un pequeño capital, en lugar de dedicarlo á un negocio, lo destinaba á comprar un empleo. Esta miserable ambición ha perjudicado en Francia á la agricultura y al comercio más que los gremios y que la misma talla. Cuando se agotaban los empleos, pronto inventaba otros nuevos la imaginación de los aspirantes. Un señor Lemberville publicó una Memoria para probar que convenía al interés público crear inspectores para cierta industria, y terminaba ofreciéndose él mismo para el empleo. ¿Quién de nosotros no ha conocido á algún Lemberville? Las personas de mediana ilustración y con algunos medios de fortuna creían deshonoroso morir sin haber sido funcionarios públicos: «Todos, según su estado, dice un contemporáneo, quieren tener un empleo concedido por el Rey».

La mayor diferencia que existe en esta materia entre los

tiempos de que hablamos y los nuestros, es que entonces el Gobierno vendía los empleos y hoy los da. Para lograrlos los aspirantes no dan ya su dinero; pero hacen más: se entregan á sí mismos.

Separado de los campesinos por las diferencias de lugar, y más aún por el género de vida, el burgués lo estaba también muchas veces por el interés. Sobradamente justas eran las quejas contra los privilegios de los nobles; pero ¿qué decir de los que disfrutaban los burgueses? Se cuentan por millares los oficios que los eximían en todo ó en parte de las cargas públicas; uno de la milicia, otro de la prestación personal, otro de la talla. «¿Qué parroquia hay, se dice en un escrito de la época, que no cuente en su seno, independientemente de los nobles y de los eclesiásticos, varios habitantes que han logrado por medio de cargos ó comisiones alguna exención de los impuestos? Una de las razones que obligan de cuando en cuando á suprimir cierto número de empleos destinados á los burgueses, es la disminución de ingresos á que da origen el gran número de individuos que no pagan la talla». No tengo la menor duda de que el número de los exentos era tan grande, y algunas veces mayor, en la burguesía como en la Nobleza.

Estas injustas prerrogativas excitaban la envidia en los que no gozaban de ellas, y el orgullo más egoísta en quienes las poseían. No hay nada tan visible durante el siglo XVIII como la hostilidad de los burgueses de las villas y ciudades contra los campesinos de las cercanías y la envidia de éstos respecto de aquéllos. «Todas las ciudades—dice Turgot,—ocupadas en sus intereses particulares, están dispuestas á sacrificar á ellos los campos y las aldeas de los alrededores». «Ustedes se han visto obligados—dice en otro lugar hablando á sus subdelegados—á reprimir la tendencia constantemente usurpadora y avasalladora de los ciudadanos respecto de los campos y de las aldeas de los alrededores».

La gente del pueblo que vive con los burgueses dentro

del recinto de las ciudades llega también á hacerse enemiga suya. La mayor parte de las cargas locales que se establecen vienen á recaer particularmente sobre las clases bajas. Hé tenido más de una vez ocasión de comprobar lo que dice el mismo Turgot en otro lugar de sus obras, ó sea que los burgueses de las ciudades habían encontrado el medio de regular los consumos de manera que no pesasen sobre ellos.

Pero lo que principalmente caracteriza todos los actos de esta burguesía es el temor de verse confundida con el pueblo y el deseo vehemente de evitar por todos los medios su fiscalización.

«Si pluguiese al Rey—dicen los burgueses de una ciudad en una Memoria dirigida al interventor general—que el cargo de alcalde volviera á ser electivo, convendría obligar á los electores á no elegirlo más que de entre los principales notables, y aun de entre los miembros del Presidial».

Hemos visto cómo la política de nuestros reyes se encaminó á arrebatar sucesivamente al pueblo de las ciudades el uso de sus derechos políticos. De Luis XI á Luis XV toda su legislación revelaba este pensamiento, y muchas veces los burgueses de las ciudades se asociaban á él, y hasta en algunas ocasiones lo sugerían.

Con motivo de la reforma municipal de 1764 un intendente consulta á los oficiales municipales de una pequeña ciudad acerca de si debe conservarse á los artesanos y *demás gente menuda* el derecho de elegir los magistrados. Estos funcionarios contestan que en realidad «el pueblo no ha abusado nunca de este derecho, y sin duda sería justo conservarle la satisfacción de elegir á los que han de mandarle; pero que, no obstante, para mantener el buen orden y la tranquilidad pública, es más conveniente encomendar esta función á la Asamblea de Notables». El subdelegado manifiesta por su parte que ha reunido en su casa en conferencia secreta «á los seis mejores ciudadanos de la loca-

lidad». Estos seis mejores ciudadanos han sido unánimemente de parecer que lo mejor sería confiar la elección, no ya á la Asamblea de Notables, como lo proponían los oficiales municipales, sino á un cierto número de diputados elegidos por las diferentes Corporaciones de que se compone esta Asamblea. El subdelegado, más respetuoso que los burgueses con las libertades del pueblo, después de exponer la opinión de aquéllos añade que «es muy duro á los artesanos pagar, sin poder fiscalizar su empleo, cantidades que han impuesto aquellos de sus conciudadanos que por sus privilegios en materia de impuestos son quizás los menos interesados en la cuestión».

Terminemos el cuadro que vamos trazando, y consideremos ahora á la burguesía en sí misma, separada del pueblo, como hemos considerado á la Nobleza separada de los burgueses. En esta pequeña parte de la nación, apartada del resto, encontramos infinitas divisiones: parece como si el pueblo francés fuera uno de esos supuestos cuerpos simples en los cuales la Química moderna descubre nuevos elementos separables á medida que los examina más de cerca. Entre los notables de una ciudad de escasa importancia he encontrado más de treinta y seis Corporaciones distintas. Estas diferentes Corporaciones, aunque poco numerosas, trabajan incesantemente por reducirse más, eliminando cada día los elementos heterogéneos que puedan contener á fin de reducirse á los elementos simples: las hay que, después de este trabajo de eliminación, quedan reducidas á tres ó cuatro miembros. No por eso es menos vigorosa su personalidad, ni su temperamento menos belicoso. Todas gozan de algunos privilegios, considerándose como signos de honor los menos justificables, y mantienen luchas interminables unas con otras por el puesto que deben ocupar, aturdiendo con el ruido de sus querellas al intendente y á los tribunales. «Por fin, se ha resuelto que se de el agua bendita al Presidial antes que á la Corporación municipal. El Parlamento dudaba; pero el Rey ha llamado el asunto á

su Consejo y ha resuelto él mismo. Ya era tiempo, porque esta cuestión tenía excitados los ánimos en la ciudad». Si se concede á una de estas Corporaciones preferencia sobre otra en la Asamblea de Notables, la segunda deja de asistir: renuncia á intervenir en los asuntos públicos antes que ver—dice—su dignidad pisoteada. El gremio de peluqueros de la ciudad de la Fleche decide «que mostrará de esta manera el justo dolor que le produce la preferencia concedida á los panaderos». Una parte de los notables de una ciudad rehusa obstinadamente cumplir su cometido «porque—dice el intendente—se han introducido en la Asamblea algunos artesanos con cuya sociedad se consideran humillados los principales burgueses». «Si la plaza de regidor—dice el intendente de otra provincia—se da á un notario, esto disgustará á los demás notables, porque los notarios son aquí gente de bajo nacimiento, no pertenecen á familias de notables, y todos han sido pasantes». Los seis mejores ciudadanos de que antes hablé, que deciden con tanta facilidad que el pueblo debe ser privado de sus derechos políticos, se muestran perplejos cuando se trata de examinar cuáles han de ser los notables y qué orden de preferencia debe establecerse entre ellos. En este caso no hacen más que expresar modestamente sus dudas. «Temen—dicen ellos—causar á algunos de sus conciudadanos un dolor demasiado sensible».

La vanidad natural de los franceses se fortifica y se excita con los rozamientos incesantes producidos por el amor propio de estas Corporaciones, olvidándose con ello el legítimo orgullo del ciudadano. En el siglo xvi ya existían la mayor parte de las Corporaciones de que acabo de hablar; pero sus miembros, después de resolver los asuntos de su asociación particular, se reunían con los demás vecinos para tratar en común de los intereses generales de la ciudad; en el siglo xviii se reconcentraron en sí mismos, porque los actos de la vida municipal son raros y se ejecutan todos por medio de mandatarios. Cada una de estas

pequeñas Sociedades no vivía más que para sí, ni se preocupaba más que de sí misma, ni tenía más asuntos que los que particularmente le afectaban.

Nuestros padres no conocían la palabra *individualismo*, que nosotros hemos inventado para nuestro uso, porque en efecto, en su tiempo no había individuo que no perteneciese á un grupo y que pudiera considerarse absolutamente solo; pero cada uno de los mil pequeños grupos de que se componía la sociedad francesa no pensaba más que en sí mismo. Era esto, si se me permite la frase, una especie de individualismo colectivo que preparaba los espíritus para el verdadero individualismo que nosotros conocemos.

Y lo que es más extraño es que todos aquellos hombres, que se mantenían tan apartados unos de otros, habían llegado á ser tan semejantes entre sí, que bastaría hacerlos cambiar de sitio para no poder reconocerlos. Es más, quien hubiera podido sondear su espíritu habría descubierto que las barreras que dividían á hombres tan semejantes entre sí les parecían á ellos mismos tan contrarias al interés público como al buen sentido, y que, en teoría, adoraban ya la unidad. Todos se mantenían en su condición particular porque los demás hacían lo mismo; pero todos estaban dispuestos á confundirse en una misma masa, siempre que ninguno quedase aparte ni se elevase sobre el nivel común.

CAPÍTULO X

Cómo la destrucción de la libertad política y la separación de las clases han sido la causa de todas las enfermedades que originaron la muerte del antiguo régimen.

De todas las enfermedades que viciaban la constitución del antiguo régimen y la condenaban á morir, la más mortal era la que he descrito en el capítulo precedente. Me parece oportuno insistir sobre el origen de un mal tan peligroso y extraño, y demostrar cuántos males se han derivado con él del mismo origen.

Si al terminar la Edad Media los ingleses hubieran perdido enteramente, como nosotros, la libertad política y todas las franquicias locales que sin ella no pueden subsistir largo tiempo, es muy probable que las diferentes clases de que se compone su aristocracia se habrían separado unas de otras, como ocurrió en Francia, y más ó menos en el resto del Continente, y que todas ellas se habrían apartado del pueblo; pero la libertad las obligó á estar en relación constante para poder prestarse auxilio en caso de necesidad.

Es curioso ver cómo la Nobleza inglesa, impulsada por su misma ambición, ha sabido cuando le parecía necesario mezclarse familiarmente con sus inferiores y fingir que los consideraba como iguales. Arturo Young, ya citado antes, y cuyo libro es una de las obras más instructivas que existen acerca de la Francia antigua, cuenta que estando un